

RUBRI CATS

BARCINO,
13 A.C.

ISABEL
GARCÍA
TRÓCOLI

NARRATIVAS HISTÓRICAS



edhasa

RUBRICATUS

ISABEL GARCÍA TRÓCOLI

Diseño de la sobrecubierta: Estudio Manuel Calderón

Primera edición: abril de 2017

Primera edición en e-book: diciembre de 2018

© Isabel García Trócoli, 2017

© de la presente edición: Edhasa, 2017

Diputación, 262, 2º 1ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita descargarse o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 91 702 1970 / 93 272 0447).

ISBN: 978-84-350-6310-4

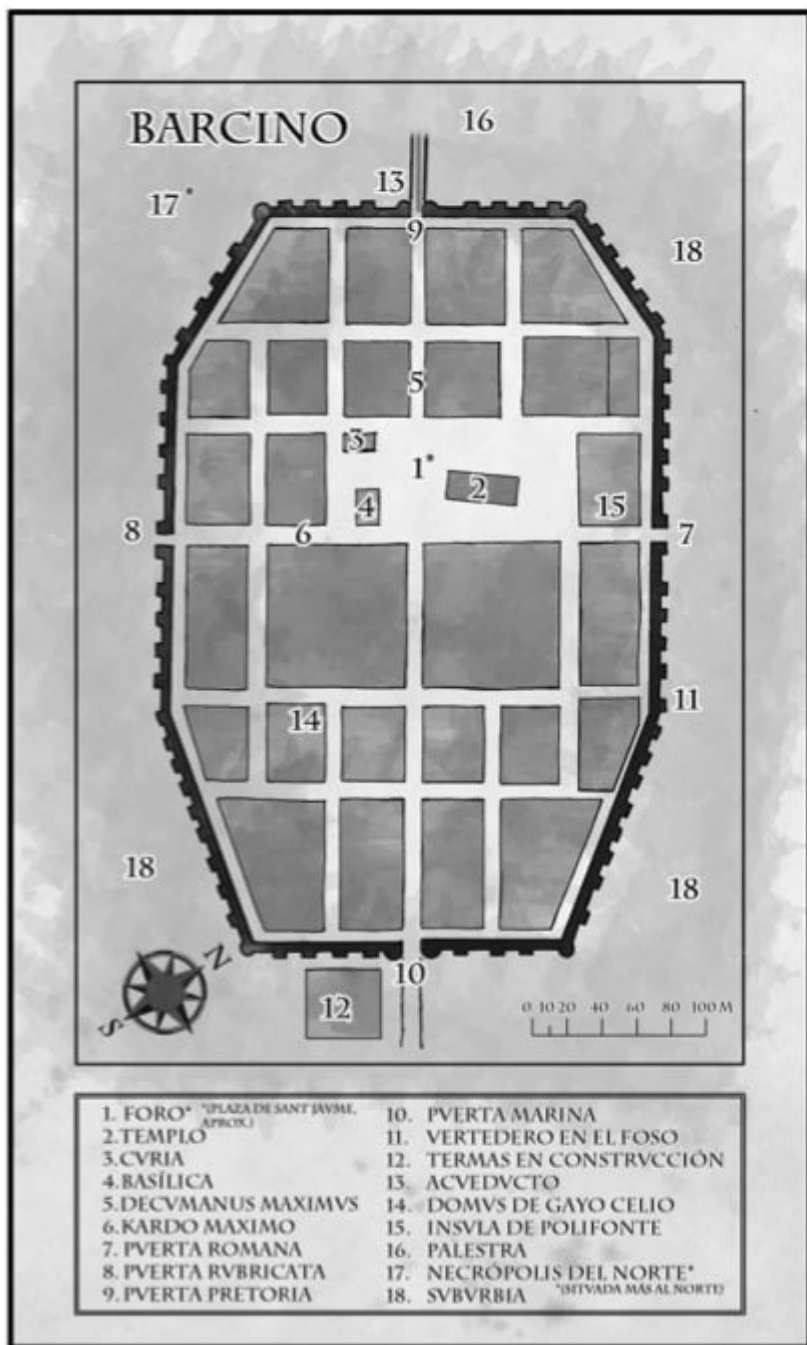
Producido en España

A la memoria de todos aquellos que han creado, conservado y amado el espíritu de esta ciudad a lo largo de los siglos.

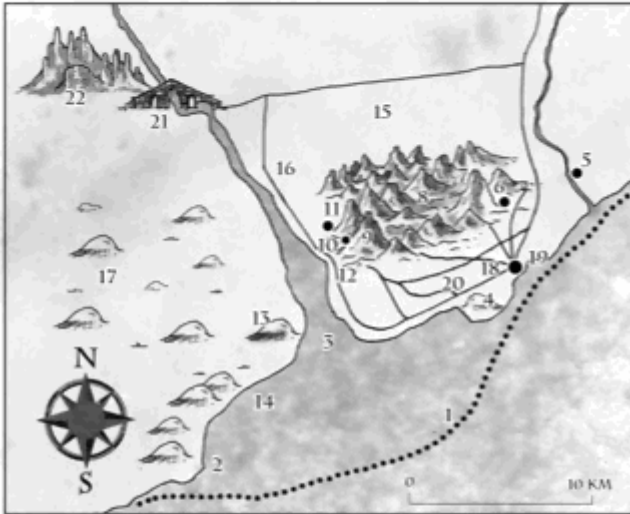
Amor omnibus idem
[El amor es el mismo para todos]

Virgilio, *Geórgicas*, III, 244

RUBRICATUS



DESEMBOCADURA DEL RVBRICATVS



- | | |
|-----------------------------------|--|
| 1. LÍNEA DE COSTA ACTUAL | 15. COLINA DE HÉRCVLES |
| 2. LÍNEA DE COSTA EN ÉPOCA ROMANA | 14. FONDEADERO DE HÉRCVLES |
| 3. ESTUARIO DEL RVBRICATVS | 15. VÍA AVGVSTA, RAMAL INTERIOR |
| 4. PROMONTORIO DE IVPITER | 16. ALFAR DE CELSO |
| 5. RÍO Y MVNICIPIO DE BAETVLO | 17. TERRITORIO DE TARRACO |
| 6. POBLADO DE LA ROBLEDA | 18. VÍA AVGVSTA, A SV SALIDA POR LA PVERTA RVBRICATA |
| 7. PODIVM AQVILAE | 19. PVERTO |
| 8. SIERRA OSCVRA | 20. CALVERO DE LA ENCRVCIJADA "PLAZA ESPAÑA" |
| 9. MONTE VRSA | 21. PVENTE DE AD FINES |
| 10. POBLADO VIEJO | 22. MONTAÑA SAGRADA |
| 11. POBLADO DE OLORDA | |
| 12. LAS ESPELVNCAS | |

LIBRO I

RUBRICATUS

1. UNA NIÑA DE PELO AZAFRÁN

Puerto de Barkeno

Nonas de agosto

3 d.C. (756 *ab urbe condita*)

El antiguo espigón asomaba indestructible entre la arena como la cabeza renegrada de un titán. Hipnotizado por el vaivén, Lucio contemplaba esa mole incrustada de lapas mientras la chalupa que lo había llevado hasta la nave anclada mar adentro ponía proa de vuelta a la playa. El enérgico vuelo de una gaviota condujo su mirada hasta un zigzag plateado en la superficie.

Un banco de sargos se internó en la marea lodosa que se aproximaba al casco del barco. Las tormentas del día anterior habían arrastrado al mar la arcilla de las riberas del Rubricatus. El río, tumultuoso, enrojecía el estuario con la violencia de un torrente. Se sobresaltó al oír una voz muy cerca de él.

—¿Habías visto alguna vez el panorama desde el mar? El promontorio de Júpiter parece aún más imponente —dijo un pasajero de voz gangosa.

Lucio tardó en responder. Por su mente cruzaban imágenes de su infancia, amaneceres de pesca a la sombra del promontorio contemplando, intimidado, aquella masa pétreo que se introducía en las aguas.

—De pequeño creía que la montaña era un gigante herido apoyado sobre sus manos —respondió, echando una ojeada a su interlocutor—. El río le lamía las heridas, pero él no dejaba de mirar al mar desafiando a Neptuno.

La brisa les llevaba los efluvios de la brea fresca, mezclada con el sudor de los marineros. Tras unos instantes, Lucio oyó que el desconocido respondía:

—Después, de mayor, te das cuenta de que nada tiene más sentido que lo aprendido en la infancia. Aunque no sea verdad.

«Ciertamente», pensó Lucio. De niño imaginaba las hileras de muchachos íberos subiendo a bordo de los buques griegos, cartagineses y romanos con destino a Sicilia, a Grecia, a Italia para luchar como mercenarios. Y ahora era él quien se iba.

Entonces rememoró las historias de Barkal sobre los íberos layetanos y sobre las riquezas que la gran Barkeno, que asomaba a la desembocadura desde las laderas del promontorio, atesoraba tras sus muros. Como antaño, las barcas cargadas con lingotes de hierro y de plomo, con la sal de la Montaña Blanca de Kardo, con la madera y los pernils de los ceretanos, y con el cereal de llerda y de la Sigarra, seguían descendiendo cada primavera y cada otoño río abajo, aprovechando el caudal del deshielo y de las lluvias.

Se dejó mecer por el balanceo, fijando los ojos en la costa. Los aguaceros habían despejado el ambiente caliginoso del verano. Su mirada vagó por el curso del río, tierra adentro, hasta que se perdió en la falda de la Montaña Sagrada.

—El gran río rojo... —dijo aquella voz, de una sonoridad nasal algo desagradable.

Lucio se volvió hacia el desconocido que en ese momento se amorraba a la bota de vino que llevaba en bandolera. Tras echar un largo trago, continuó hablando:

—El río ha sido la riqueza de Barkeno, pero también su fin, ahora que el puerto está casi cegado. ¿Gustas, joven?

Lucio negó con un gesto amable. Sentía el estómago revuelto.

—Dentro de pocos años ya no podrán atracar ni las naves más pequeñas. Pero, ¡qué desconsiderado por mi par-

te! ¡No me he presentado! —Varias gotas de vino habían manchado su túnica y, cuando sonreía, un destello indicaba que tenía varios dientes de oro—. Soy Julio Aniceto, comerciante de vinos. ¿Con quién tengo el placer de hablar?

—Soy Lucio... Lucio Celio, señor. Voy a Roma, a casa de mi tía Domicia, para incorporarme a las legiones.

Julio Aniceto se rascó la calva e inquirió:

—¿Cómo has dicho que te llamas?

—Lucio Celio, señor.

—¿No serás familiar del duunviro Gayo Celio, que tiene las tierras cerca de las Espeluncas? —Mientras hablaba intentaba acomodarse los escasos mechones para que le cubrieran la calva, pero el viento se los volvía a levantar.

—Sí, señor, soy hijo de Gayo Celio, veterano de las guerras cántabras.

—He hablado con tu padre en un par de ocasiones. —Hizo un mohín—. Prefiero el trato con su esclavo... ¿Cómo se llama? ¿Elbón? Tiene más don de gentes, sabe negociar. Sin embargo, tu padre... tiene mente de campesino. Con todo el respeto, claro. Todo lo contrario de tu madre, una patricia de pies a cabeza.

Sabía a lo que se refería el tal Aniceto, pero, aun así, le dolió el comentario. Habría preferido estar solo en aquellos momentos. Se retiró de él unos pasos. En el puerto relumbraban las paredes enjalbegadas de la taberna de la Gorgona. Cuántas veces, tras una larga noche de pesca, Barkal, Garza y él se habían calentado los huesos ante el fuego con un vaso de vino caliente y miel. Hasta le pareció divisar a Clodio, el sirgador ciego, quien, como todas las mañanas, estaría sentado al sol en la puerta de la taberna, mascando con las encías desdentadas las tiras de pescado salado que constituían su desayuno. Imaginó a las mujeres de los pescadores jaleando a los borrachos adormilados sobre las redes y a Vico, el niño tullido de grandes ojos oscuros, suplicando a la pandilla de mocosos del puerto que lo dejaran jugar, a cambio de una nuez, o de un pajarillo muerto, o de una concha de extraños colores.

—Barcino es un buen lugar para el comercio —prosiguió el comerciante—, y pronto lo será aún más, sí, señor, por eso me estoy edificando una casa en la colina de Hércules. He llegado a un acuerdo con el jefe del poblado: él me proporciona tierras y yo doy trabajo a sus habitantes. Lo primero que he construido son las termas, donde tengo al capitoste y a su séquito bien contentos en remojo, día sí, día también. Todos quieren ser romanos, sí, señor.

Un movimiento en la cima llamó su atención. El fuego del faro se iba extinguiendo ante la progresiva victoria del día sobre las tinieblas nocturnas. A su lado se erguía un pequeño templo dedicado a Júpiter y, un poco más abajo, se divisaba la parte más alta de la muralla que había protegido Barkeno durante siglos.

Entre las tribus del interior, la ciudad había sido famosa por sus silos gigantescos, donde se guardaban toneladas de cereal, el excedente de muchos poblados. «Sin ese grano, los ejércitos de Escipión se habrían muerto de hambre», le había contado Barkal. En aquel momento se habían convertido en enormes escombreras en las que arrojar cadáveres incómodos. El mismo puerto pronto acabaría inutilizado por los limos, de manera que la actividad comercial se estaba trasladando al fondeadero ubicado en la otra punta de la bahía, y Barkeno ejercía de puerto de la colonia romana, construida en la planicie costera al otro lado del promontorio.

—Prefiero hacer negocios fuera de Roma, ¿sabes? Aquí nadie pregunta tu origen, porque todos son de otra parte. Y los layetanos son buenos trabajadores, aprenden rápido. No hay más que ver a Barkal, tu vecino. Siempre insiste en ser llamado por su nombre romano, Aulo. Ya te digo, todos quieren ser romanos, ¡por Mercurio que quieren serlo!

Lucio examinó con avidez los carruajes estacionados frente a la hilera de almacenes. La carreta de su padre ya no estaba, no habían esperado a que el barco zarpase. Bajó la cabeza y cerró los ojos para recrearla. Melena al viento, perfil arrogante, ojos de gato. Y su mirada... Había re-

servado para el momento del adiós la más dura, aunque también la más altiva. Los labios de Lucio dibujaban un nombre: Garza.

Oyó la tosecilla nerviosa de Julio Aniceto. Allí seguía.

—Barkal murió hace poco más de un año —dijo Lucio, girando la cabeza para ocultar la humedad de sus ojos.

Recordó sus últimos días, la mente embotada por los sahumeros que le apaciguaban el dolor, el bravo guerrero layetano convertido en un ovillo de piel y huesos. «Lug, cuida de ella.» La cargante voz del comerciante lo sobresaltó:

—¡Vaya! No sabía de su muerte, no trato con él desde hace tiempo. Me acuerdo bien de su mujer, cómo no, esa extraña cántabra que vive en una cueva. ¡Y la hija es una belleza! Garza, extraño nombre. Habrá heredado una fortuna, las tierras de ese hombre valen su peso en oro. Tienen la orientación perfecta, agua en abundancia, alfar propio para envasar el vino y lo mejor: los campesinos. Todos son familia, indígenas, emparentados con Barkal, trabajan la tierra como si fuera suya. Un latifundio de esclavos es menos productivo que esas tierras, ya lo creo. Pero qué te estoy diciendo, lo debes de saber muy bien.

—Mi padre siempre ha envidiado a Barkal por ello —acertó a decir Lucio mientras se llevaba la mano al cuello, del que pendía el colgante que le había regalado Garza. Había pertenecido a su madre: un círculo de piedra durísima y gris, reluciente como el metal. Lo había tenido guardado a buen recaudo, lejos de la mirada de su padre. No obstante, al prepararse para el largo viaje, había sentido el impulso de ponérselo.

Agarrado al estay y absorto en sus pensamientos, Lucio no se percató de que los marineros alzaban ya el ancla. Aniceto lo observaba con detenimiento: pelo castaño y, por su madre, ensortijado, tez clara y ojos azul oscuro. Sin duda, había heredado el agraciado aspecto de los Domicios, su aristocrática nariz griega y aquella gallardía de movimientos, pero matizado con los ásperos rasgos de los Ce-

lios: mentón partido, rostro anguloso y una expresión que podía pasar de la calidez al hielo en pocos segundos.

Barcino empezó a deslizarse por delante de sus ojos, como si fuera la tierra la que se moviera. Por la Puerta Marina entraban y salían regueros de personas como hormigas atareadas. La Sierra Oscura, así llamada por el color parduzco de las encinas, cerraba la llanura por el norte. Algún dios bueno se apiadó de él y envió a Julio Aniceto a departir con el capitán, de modo que Lucio escapó hacia la proa. Respiró hondo sin conseguir sosegar y buscó un rincón donde descansar.

La libertad. Debería sentirse estimulado, feliz. Pero no era así. Un nudo le oprimía la garganta, como si tuviera una soga al cuello. Metió la mano en el cubo de agua que un marinero acababa de subir por la borda y se refrescó la cara, mientras el barco se adentraba lentamente en aguas profundas y azules.

* * *

El sol caía inclemente sobre la colonia. Garza avanzaba exhausta por el *kardo maximo*, flanqueada de dos hombres. Se tapaban la nariz con pañuelos de lino, pues el hedor de las cloacas se mezclaba con el de los orines que, almacenados en grandes tinajas en la planta baja de algunas casas, eran recogidos por los tintoreros. El hombre que encabezaba el grupo les gritó mientras blandía una vara de vid:

—¡Decidle a vuestro amo que estas tareas se hacen por la noche! ¿Qué tiene en la cabeza ese viejo loco? Hablaré con el edil.

—Por la noche el amo está muy ocupado con su nueva esclava y no se acuerda de dar órdenes, ¡ja, ja, ja! —se burló uno de ellos.

—¡Dile que el duunviro Gayo Celio en persona le meterá su mugrienta cabeza en la cuba de los orines si no se atiene a la ley municipal!